

sueños de Cristóbal Colón en La Rábida debe presidir, 500 años después, los esfuerzos de transformación de nuestra comunidad en una real alternativa que quiebre la actual bipolaridad del mundo».

Lo utópico y lo posible

La comprensión del pasado desde el presente y su proyección al futuro es así, la única lectura inteligible de la historia para la construcción de un proyecto cultural y político de plurales dimensiones. Esta lectura comporta una toma de conciencia crítica, no únicamente por las minorías culturales, sino también y sobre todo por los millones de seres humanos de todas las capas culturales y condiciones sociales que forman esta vasta porción de la humanidad. Toma de conciencia crítica de que el Descubrimiento y el entero proceso a que dio origen, si bien fue en sus comienzos una empresa española, nos conciernen hoy a todos los iberoamericanos, los de la península y los de ultramar, en una compartida responsabilidad. Esto equivale, más allá de interpretaciones que se oponen y contradicen en polémicas a veces carentes de sentido o en querellas pueriles, a reflexionar profundamente, sin sectarismos de ninguna especie, sobre la filosofía y la práctica de la unidad. Tal corresponsabilidad, en lo que tiene de actitud positiva, comprensiva, compromete, por supuesto, en mayor grado, a los dirigentes políticos, a los intelectuales, a los hacedores de cultura y de opinión de ambos lados del Atlántico; a los historiadores y enseñantes para un replanteamiento del estudio de la historia que les es común en sus dos grandes vertientes. Lo que redundará en su mayor y más profundo conocimiento mutuo, liberado de prejuicios, confusiones y malentendidos históricos y acrílicos por ambas partes. Tanto más cuanto que las correlaciones entre las dos porciones del mundo iberoamericano están llenas aún de incertidumbres y contradicciones, de *mala conciencia*; de anacronismos y desajustes entre lo que este mundo es y el que debiera ser; mundo caótico en su singularidad y diversidad.

La incorporación de América al sistema de occidente, la ulterior bifurcación del continente en la América anglosajona protestante y la América ibérica católica, fueron acontecimientos que imprimieron un sesgo muy particular y diferente a cada una de ellas. En lo que concierne al naciente mundo iberoamericano no aconteció esto sin dificultades y vicisitudes enormes. Choque de civilizaciones y culturas, más que el pretendido y eufemístico «encuentro de culturas», o «encuentro de dos mundos». No hubo tal idílica convivencia ni era posible que la hubiese. Lo que hubo fueron luchas terribles en las que las culturas autóctonas acabaron devastadas y sus portadores sometidos o aniquilados, como ocurre siempre en las guerras de conquista, en los largos y desordenados imperios coloniales. También esto hay que asumirlo en todos sus alcances y con toda honradez sin que nadie derrame ceniza sobre su cabeza ni se rasgue las vestiduras.

No hay necesidad de ocultar que el tiempo histórico del llamado mundo iberoamericano quedó cargado de culpa. El humus que lo tapiza es un tejido de susceptibilidades a doble signo. Un terreno fértil para el persistente florecimiento de celos y reservas mentales. Estos generan constante malentendidos, herencia de las

viejas heridas traumáticas. De este modo, los conflictos perduran cuando ya el paso de los tiempos ha cambiado y nivelado las realidades en pugna. No podemos juzgar, al menos no serviría a la causa de nuestro futuro —que es lo que ahora importa—, a las naciones que fueron dominadoras según se aprovechan de la historia o se avergüenzan de ella, ni desagraviar a los pueblos que fueron dominados, puesto que la historia no se ocupa de ellos sino para denostarlos.

Lo que sí se puede y se debe hacer es sacar las lecciones que corresponden a una y otra situación para que no se repitan y para sobrepasarlas. Esos capítulos sombríos no han sido arrancados de la memoria colectiva. Pero hay que leerlos e interpretarlos en el contexto de la historia vivida con el rigor de la conciencia crítica y el fervor de la pasión moral.

No debemos olvidar que tras el mestizaje biológico y cultural —que sucedió a la conquista— fue de entre los criollos, *mancebos de la tierra* y mestizos de donde iban a surgir los rebeldes y emancipadores, es cierto; pero también los más encarnizados capitanejos y tiranuelos. Los *naturales*, sometidos al régimen de las encomiendas, inermes y degradados en su cultura ancestral, en su dignidad humana, quedaron así batidos por tres fuegos simultáneos y convergentes: los encomenderos peninsulares, los inquisitoriales evangelizadores y los propios mestizos. Criollos y mestizos se empeñaron así, en buena parte, en ser los más serviles subalternos del poder colonial.

Por otra parte, si el mestizaje constituyó, en grados variables, un rasgo típico de la colonización peninsular en tierras americanas, no debe atribuirse éste solamente a una mayor apertura de los conquistadores y colonizadores a la mezcla con las mujeres de las razas «primitivas» que habían venido a encontrar. Los saberes, la prodigiosa capacidad de trabajo de estas mujeres las hacían indispensables sobre todo en las áreas pobres en metales donde la economía de subsistencia tuvo que basarse en la agricultura, dominio en el que las mujeres indígenas eran verdaderos expertos. De este modo, en los rudimentarios falansterios coloniales desempeñaron una doble función: la crianza de los hijos, resultado del «abrazo de dos razas» y los trabajos de labranza y recolección. La posesión de cinco de estas mujeres aseguraban al colono un excedente de producción, base de su prosperidad material.

Este régimen de explotación de las mujeres y de los naturales en general no cesó, sino que se agudizó y se tornó incluso más cruel por parte de los mestizos tras la extinción de la colonia. Los verdaderos etnocidios físicos y culturales continuaron y siguen hasta nuestros días. Y es en nombre de los supuestos derechos de vida y cultura de los indígenas que los representantes de las culturas mestizas del continente prosiguen también hasta hoy echando en cara a los europeos la culpa de esta metódica e incesante inmolación.

Es hora ya de que contemos con una interpretación objetiva y al mismo tiempo vivencial de la conquista y de «lo que vino después»; de sus pulsiones y contradicciones más flagrantes. Y «lo que vino después»; de susno hizo sino demostrar que criollos y mestizos habíamos aprendido la lección en lo que ella tenía de perverso, aventajando incluso a los metropolitanos en el ejercicio cruel de la dominación. Habíamos heredado al parecer todos sus defectos, pero ninguna de sus virtudes. De haber vivido hoy, Bartolomé de las Casas habría dedicado también una *Brevísima relación* a la

vocación y ferocidad «encomendera» de los mestizos cuando arriban al poder y sobre las cuales testimonian duramente los regímenes despóticos, las tiranías civiles o militares, contra el ardiente legado bolivariano y martiano.

Todo esto hace que el discurso histórico no sea ya solamente un saber sino también y, sobre todo, una ética del conocimiento histórico. Es esta ética del conocimiento y del comportamiento históricos, transformada en pasión moral y convertida en conciencia crítica, la que no teme orientar y llevar su acción con prudencia, pero con firmeza inquebrantable hacia el cumplimiento de los grandes designios y objetivos que emanan de la propia naturaleza de la comunidad: la realización de un proyecto viable de integración, de un modelo de nuevo tipo de sociedad; o mejor dicho, de una constelación de sociedades que giran, informes todavía, en la órbita de un destino común.

Esta es la pasión moral que llevó al padre Las Casas, a Motolinía, a Bernardino de Sahagún y a tantos otros a oponerse a los excesos, a los horrores, al sentido mismo de la conquista. Esta pasión moral convertida en conciencia crítica es la que enfrentó en un duelo dantesco el pensamiento anticolonialista hispano a la Contrarreforma y a la Inquisición: las dos líneas centrales y opuestas del Absolutismo y la Ilustración que en América contendieron desde la Conquista a la Emancipación y aún después.

Tal comprensión del pasado desde el presente y su proyección al futuro es, pues la única lectura inteligible de la historia para la construcción de un proyecto cultural, político y económico de plurales dimensiones. Lectura que comporta una toma de conciencia crítica no sólo del pasado, sino también del presente y del futuro en su realidad no cumplida. El pasado cambia a cada momento según los enfoques y las interpretaciones de cada época. Pero el futuro hay que hacerlo a imagen y medida de nuestras aspiraciones. Lo que es mucho más difícil y complejo debido a las fuerzas desnaturalizadoras que se oponen a estas aspiraciones y al hecho pragmático de que ellas deben coincidir con la compleja red de leyes del tiempo histórico y sobrepujar la no menos compleja red de los intereses y las relaciones de fuerzas reaccionarias y regresivas tanto internas como internacionales cuyos únicos objetivos son de carácter hegemónico.

Tal situación nos exige que asumamos plenamente, sin agravios ni resentimientos, pero también, desde luego, sin complacencias, el tejido de grandezas y miserias, de atrocidades y sacrificios, de avances y retrocesos que jalonan el destino de América Latina en los cinco siglos de su historia. Cinco siglos que bien puedan sumarse al milenio vivido por España en la reconquista de su liberación, independencia y autonomía, puesto que, en el fondo, la causa y el sentido de estas épicas luchas son análogas para ambas partes.

Leyenda negra y leyenda blanca

No obstan a ello los hechos negativos ya enumerados y que pueden resumirse en poco groseramente en *eso* que se ha dado en llamar Leyenda Negra. Metonimia que evoca las atrocidades de la conquista y la colonización y que debe oponerse, como necesario correlato, a la Leyenda Blanca urdida por la mala conciencia, ya descrita, de